

Sobre las bibliotecas y los usos de la información

Liliana Rega

LILIANA REGA: La autora es Bibliotecaria recibida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y Profesora en Letras egresada del Instituto del Profesorado CONSUDEC. Fue Jefa de Biblioteca en el Instituto del Profesorado del Sagrado Corazón y en la Escuela Nacional de Educación Técnica N° 26 “Confederación Suiza”. Trabajó en la Dirección General de Bibliotecas Municipales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Se incorporó a la Red de Bibliotecas de la Universidad del Salvador (RedBUS) en 1999 como Responsable de Hemeroteca; luego, fue designada Jefa del Área de Procesos Técnicos. En 2004 comenzó su gestión como Directora de la Red de Bibliotecas de la USAL -RedBUS-. Es ayudante de primera en la cátedra Administración de Unidades de Información en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Es Representante de la RedBUS como miembro de la Red Bibliotecas de Babel. Presentó la exposición: *Formación de usuarios en bibliotecas universitarias. El caso de la Biblioteca Central “Padre Guillermo Furlong” de la USAL*, en la Universidad de Valladolid (España).

Desde una perspectiva histórica, podemos encontrar diversas tendencias en cuanto al diseño de herramientas para la clasificación de los documentos: sistemas, estructuras alfabéticas, índices. Todas han obedecido a la presencia de distintos enfoques para solucionar los problemas de la selección y organización de los documentos.

Lafuente López realiza una revisión de los principios en los cuales se ha fundamentado la construcción de dichas herramientas; y, además, señala cómo detrás de estas cuestiones subyacen problemas epistemológicos relacionados con los nuevos contextos culturales que condujeron a la aparición de los lenguajes artificiales en el siglo XX.

A. Relación diacrónica de las herramientas para la clasificación documental

Siglo XVIII. Las clasificaciones enciclopédicas de las ciencias

Antes de la Ilustración, la selección y organización documental era una actividad de pequeños grupos, y los procedimientos empleados para clasificar estaban vinculados al uso que una comunidad daba a los contenidos documentales.

Con la Ilustración aparece un nuevo ideal social: la alfabetización masiva, la libertad de pensamiento, la educación escolarizada. Surgen servicios bibliotecarios con el fin de consolidar las instituciones destinadas a contribuir a la difusión del conocimiento científico. Por ello, se pensó en sistemas de clasificación fundamentados en la clasificación de las ciencias. Estos sistemas se basaron en una idea surgida en el siglo XVIII y que D'Alembert expresaba en los siguientes términos: "*El orden enciclopédico no supone que todas las ciencias se relacionen directamente entre sí. Son ramas que parten del mismo tronco, o sea, del entendimiento humano. Estas ramas no suelen tener entre sí ninguna relación inmediata, y muchas de ellas no están unidas más que por un tronco común...no hay que atribuirle a nuestro árbol enciclopédico más ventajas que las que pretendemos darle*" (D'Alembert, p. 88).

Esta idea se sustenta en la posibilidad de organizar e interrelacionar el conocimiento humano con base en el establecimiento de categorías que representan los conceptos más generales acerca de una ciencia, y clases que agrupan conceptos semejantes dentro de una categoría. Por medio de la jerarquización entre categorías y clases se establecen relaciones entre los conocimientos. Esta disposición ordenada como factor determinante del sistema, tiene la misma razón de ser que en el pensamiento científico: la comprensión de los constituyentes de una situación fáctica.

Siglo XIX. La valoración de los catálogos. Sistemas bibliotecológicos de clasificación. Clasificaciones alfabéticas.

En el siglo XIX, se darán dos vertientes: la construcción de sistemas de clasificación para organizar libros y sistemas para representar los contenidos temáticos de los documentos.

Debido a circunstancias derivadas del conocimiento de la época sobre la organización del trabajo bibliotecario, se le impide al público la búsqueda directa en los acervos bibliotecarios y se lo limita a la búsqueda en los catálogos.

Al generalizarse el uso del catálogo diccionario, se usaron los encabezamientos de materia (nombres de materia como instrumento de penetración en el conte-

nido). Por lo tanto, los sistemas de clasificación bibliotecológicos quedaron, así, reducidos a ser instrumentos de ubicación de los libros en los estantes. Pero, además, el aislamiento de las colecciones de las bibliotecas, aparte de evitar que el público se beneficiara con el orden documental creado por el sistema clasificador, sirvió para crear una corriente de pensamiento destinada a hacer un panegírico de los catálogos como vehículos entre el público y las colecciones de las bibliotecas. La pobreza de su capacidad como instrumento de búsqueda y recuperación nunca ha justificado los costos y esfuerzos que significa su configuración.

Como la determinación de los elementos de recuperación depende de las formas que adoptan los sistemas de clasificación bibliotecológica, los procedimientos de búsqueda quedan subordinados a las posibilidades creadas por el sistema de representación y organización de los contenidos temáticos de los documentos. Esto quiere decir que los sistemas bibliotecológicos de clasificación generan su correspondiente procedimiento de búsqueda y, por lo tanto, predefinen y limitan la recuperación. Se crean, entonces, dificultades derivadas de lo que el usuario conoce y las relaciones creadas por el sistema.

Estas dificultades motivaron esfuerzos desde el siglo XIX para desarrollar las Clasificaciones Alfabéticas por materia, porque se consideró que eran más fácilmente comprensibles para cualquier tipo de público. Estas clasificaciones alfabéticas constan de un listado con las denominaciones de las materias subordinadas a las clases de las que les corresponda. Se presentan deficientes como instrumentos de búsqueda porque no permiten efectuar cualquier combinación de las materias por los términos, y es necesario trazar referencias cruzadas.

Siglo XX. Las estructuras bibliotecológicas de clasificación

A partir de la década de 1950 aparece la idea de que el conocimiento surge como producto final de una operación que comienza con el universo de conceptos separados que se van sumando, y se plantean propuestas de sistemas de clasificación de conceptos considerados individualmente. Además, se comienza a enfatizar que los sistemas bibliotecológicos de clasificación deben prestar mayor atención a los problemas de búsqueda y recuperación, y dejar en un plano secundario las formulaciones de clases y relaciones entre las ciencias.

En torno de estas ideas se crearon una serie de conceptos para el desarrollo tecnológico de los denominados sistemas de recuperación de la información.

Los sistemas de clasificación bibliotecológica alfabéticos no permiten efectuar búsquedas por combinación de temas si la combinación no se encuentra previamente construida.

Se difunde, entonces, el uso de la indización coordinada basada en la idea de que el contenido semántico fundamental de cada documento y la demanda de información puede expresarse de forma bastante exacta y completa mediante una lista de palabras claves contenidas explícita o implícitamente en el texto que se va a indizar.

La fundamentación, desarrollo y divulgación de este sistema se debe a Taube, que en 1951 elaboraba un sistema denominado Unitérminos que:

se constituyen por medio de una palabra clave;

es acompañada por una llamada para eliminar la sinonimia, polisemia y homonimia;

todas tienen el mismo nivel jerárquico, y

no se utilizan reglas para combinarlos.

Aparece informalmente en el ámbito bibliotecológico el concepto de estructura como un conjunto de elementos, tales como "nombre de temas", "unitérminos", "palabras clave", "descriptores".

Se contempla, además, la posibilidad de realizar una o más operaciones referidas a la búsqueda por medio de la aplicación de la teoría de conjuntos como suma lógica de elementos.

Estas estructuras se construyen sobre universos limitados y se conciben más como herramientas de búsqueda que como indicador de sus temas y sus relaciones.

El auge de las estructuras bibliotecológicas se vio incrementado debido al uso de las computadoras porque su configuración con nombres de temas se presta al tratamiento electrónico.

B. Lafuente López: a favor de las clasificaciones bibliotecarias

Los sistemas bibliotecológicos de clasificación como la Dewey Decimal Classification, la Clasificación Decimal Universal o la Library of Congress Classification gozan de un venerable linaje. Para acercarse a su valoración, Lafuente López (1993) realiza una distinción entre información y conocimiento.

En un sentido común información significa averiguación, datos, noticias, censos, estadísticas y otras cosas por el estilo que se adquieren o transmiten como conocimiento. En la década de 1940 se convierte en un concepto científico al iniciarse la era de la comunicación electrónica. El concepto se convierte, así, en teoría, le dieron leyes, se elaboraron teoremas en conceptos abstractos destinados a ingenieros de radio y telefonía.

Por otro lado, el conocimiento se vincula con la interpretación, exégesis, rela-

ción y conceptualización que forma una argumentación. Del conocimiento resultan teorías, que son esfuerzos por establecer relaciones o conexiones especialmente pertinentes entre los hechos, datos, de una forma coherente.

En este sentido los sistemas bibliotecológicos de clasificación pretenden pertenecer al mundo del conocimiento porque:

Crean, sobre la base de un proyecto abstracto, relaciones, referencias, subordinaciones con el fin que señalaba D'Alembert: "...*de poner en las ideas el encadenamiento conveniente y de facilitar en consecuencia el paso de unas a otras, proporcionar de cierto modo el medio de aproximar hasta cierto punto a los hombres que más parecen diferir...* (D'Alembert p. 61).

Exponen orden y correlación de los conocimientos humanos. Sin embargo, el trabajo de clasificación se dificulta porque:

Existen autores que tienen el deleite de escribir sobre las cuestiones que pueden clasificarse en una u otra disciplina.

Los intereses editoriales de mantener un férreo control de la notación ya aceptada no permiten la inclusión de temas nuevos. Es indispensable esperar que un editor determine una notación, porque si se asigna una notación al nuevo tema, siguiendo las reglas del sistema, pueden presentarse problemas si los editores adoptan algún criterio de subordinación temática distinto del que se elija.

Dichos esquemas, además, no satisfacen todos los problemas de clasificación documental porque confiaban en la idea de que los conocimientos se encuentran naturalmente interrelacionados unos a otros, sobre la base de formalizaciones conceptuales generalmente aceptadas. Pero, existen ciencias que solo cuentan con formalizaciones parciales del conocimiento, resulta difícil establecer categorías, clases y especies; por ello, se dificulta tanto la clasificación como la búsqueda.

El conocimiento tiene la misma forma lingüística que la información, pero solo el conocimiento tiende a dar significado a las cosas, relaciona conceptos y los interpreta. La información solo denota ideas, cosas, hechos aislados.

Las estructuras de clasificación surgieron con la idea de asegurar la plenitud en la búsqueda de información, en donde lo fundamental es encontrar la redundancia para satisfacer demandas de información. Están basadas en términos que solo decodifican entidades o atributos. La organización bibliotecológica es para la eficiencia, la rapidez del encuentro con el dato.

Pero no se puede crear por medio de esta vía el contexto de conocimiento, donde los significados están inscritos en la cultura.

El contexto en que aparecen estas estructuras es el siglo XX, a lo largo del cual se suceden una serie cambios:

En la concepción de lectura: de la acción de comprender un texto (terreno del conocimiento), de interpretarlo, realizar exégesis, relacionar conceptos para la argumentación, se pasa a la idea de consulta de información.

Necesidad de conocer de una manera cada vez más rápida la producción de textos. Triunfa de esta manera la facilidad de la consulta sobre la incitación a la lectura. Se produce una gran producción de conocimiento científico a raíz de las inversiones producidas luego de la segunda Guerra Mundial.

La tecnología de la automatización viene como anillo al dedo: ayuda a encontrar instrumentos útiles al servicio del interrogatorio del público, colabora en el desarrollo de los sistemas de recuperación de la información.

C. El acceso a los fondos bibliotecarios: la necesidad de la diversidad

No parece fructífero que, a partir de la diferenciación que realiza Lafuente López entre conocimiento e información, se presenten dicotómicamente las clasificaciones y las estructuras bibliotecológicas. En este sentido, creemos que es lícito permitir el ingreso al ámbito bibliotecológico de ciertas necesidades características de un grupo de usuarios. Ciertamente, hay disciplinas, actividades que requieren un acceso a la información de manera rápida y fácilmente recuperable. Es decir, no en todos los casos los usuarios buscan conocimientos para la argumentación, la reflexión. La concepción de incitación a la lectura que compartimos, no siempre corresponde a los requerimientos de las bibliotecas especializadas, centros de información en los que la principal característica del perfil de sus usuarios es la necesidad de encuentro rápido y eficiente con el dato.

La presentación de manera antagónica de estos dos conceptos no dejan entrever que hay diferentes usos de los registros escritos. Sin embargo, son otros los contextos de los usuarios provenientes de las Ciencias Sociales. Nos preguntamos, para responder a los fenómenos propios de las Ciencias Sociales dentro del ámbito bibliotecológico, ¿es suficiente el desarrollo de criterios clasificatorios?

Tálamo y otros, en su trabajo acerca de la elaboración de Tesauros, señalan cómo estos son vistos tradicionalmente como instrumentos de representación y de control terminológico. Sin embargo, analizados como objetos culturales que registran o representan un conocimiento según parámetros establecidos o previamente determinados, (parámetros que se materializan en forma de redes de relación entre descriptores) *determinan no solo un modo de organización y de diseminación de la información, sino también un análisis de los textos. El corte conceptual que hace el Tesauro es delimitado por la selección de un principio de organización*

del conocimiento. Al realizarse estos sucesivos cortes para su construcción, se realiza simultáneamente una selección de manera subyacente de naturaleza institucional. Esta lectura indica que los Tesauros se presentan construidos con términos que son unidades preferenciales de representación, no cumplen con la función de representar integralmente hechos de conocimiento (los descriptores son concebidos como una reja representativa de los textos).

Ahora bien, ¿estas características de los vocabularios controlados nos conducen necesariamente a colocar los sistemas de clasificación como instrumentos capaces de representar inocentemente, integralmente los discursos escritos?

Darnton afirma, “clasificar, por consiguiente, es ejercer el poder” (p. 193). Demuestra en su artículo “Los filósofos podan el árbol del conocimiento” cómo toda clasificación es *una versión del pasado*. En efecto, Darnton analiza la clasificación de las ciencias que en el siglo XVIII entronizó la Ilustración. La obra de Diderot y D'Alembert, la *Enciclopedia*, plantea las relaciones entre información e ideología que lleva a considerar algunas cuestiones generales acerca de las conexiones entre el conocimiento y el poder. Dicha obra contiene en la portada el diagrama del famoso árbol del conocimiento de Bacon y Chambers; sin embargo, enfatiza Darnton que aparece allí algo nuevo y audaz: se desestructura parte de lo que los hombres habían creído sagrado en el mundo del conocimiento. Es un intento de imponer un nuevo orden en el mundo que vuelve conscientes a los encyclopedistas de la arbitrariedad de todo ordenamiento. D'Alembert aclarará en el “Discours préliminaire” las implicaciones de todas las podas, injertos y desgarramientos del árbol de Bacon. Según Darnton, el viraje consistió en explicar que todo el conocimiento se derivaba de las sensaciones y la reflexión. (Para Bacon, las divisiones del conocimiento se relacionaban con las tres principales divisiones de la mente: la memoria, fuente del conocimiento histórico; la imaginación, fuente de la poesía; y la razón, fuente de la filosofía.) Esta versión del pasado les otorgó a los filósofos un papel heroico. La base ideológica era que la historia progresaba por medio de la perfección de las artes y de las ciencias; y estas mejoraban por los esfuerzos de los hombres de letras. Habían logrado destronar a la vieja reina de las ciencias y poner en su lugar a la filosofía. “*El triunfo definitivo de esta estrategia se produjo con la secularización de la educación y el surgimiento de las modernas disciplinas académicas durante el siglo XIX. Pero el compromiso clave se realizó en la década de 1750, cuando los encyclopedistas reconocieron que el conocimiento significaba poder, y al deslindar el mundo del conocimiento, se propusieron conquistarla* (p. 211).

Dice Lafuente López que el propósito de los sistemas de clasificación bibliotecológico es una herramienta para ayudar al usuario a encontrar su propio camino dentro del conjunto de información relativa a un campo. Sin embargo, dichos sis-

temas son también objetos culturales determinados epocalmente.

Proponemos analizarlos desde una perspectiva foucaultiana. Foucault, en *Microfísica del saber*, se refiere a la existencia de una administración del saber, una política del saber y relaciones del poder que pasan a través del saber. Los discursos se transforman en, a través de y a partir de relaciones de poder. En los objetos, organizaciones afloran procesos históricos de poder. Describe las instituciones en términos de arquitectura para introducir el concepto de panóptico, apunta con este concepto a un conjunto de mecanismos que operan en el interior de todas las redes de procedimientos de los que se sirve el poder. Afirma: "el panoptismo ha sido una invención tecnológica en el orden del poder (...) ha sido en un principio en niveles locales: escuelas, cuarteles, hospitales. En ellos, se ha hecho la experimentación de la vigilancia integral. Se ha aprendido a confeccionar historiales, establecer anotaciones, clasificaciones, a hacer contabilidad integral de estos datos individuales" (p. 118-119). Dice, además, que el panoptismo no puede ser confinado exclusivamente a los aparatos del Estado, que existe un sistema de poder mucho más ambiguo y que se vehicula por pequeños panoptismos, regionales y dispersos.

Nos preguntamos si esta concepción de las clasificaciones como guías, caminos que se le ofrecen al usuario para que navegue por el conocimiento, no podría ser pensada como un dispositivo panóptico, ya que, en última instancia, las clasificaciones, pero también estructuras e índices, son concebidos bajo la idea del "control temático".

Si todas las herramientas de análisis temático documental intentan ser un "panóptico" de los discursos escritos, ¿cómo se compatibilizan con el deseo conscientemente enunciado en los discursos de los bibliotecarios? ¿cómo se cruza con otros sentidos como el fomento en los usuarios del "husmear los documentos y sus contenidos" (Lafuente López); "bibliotecas que favorezcan la aventura del hombre" (Umberto Eco); "catálogos que fomenterán la serendipia" (Budd)?

Conclusión

El acceso a la información debe ser pensado con relación a los usos que de ella hacen los usuarios. Esto nos lleva a distinguir diferentes niveles de conocimiento, lo cual se relaciona directamente con el reconocimiento de intencionalidades. Hay una intencionalidad "teórica", otra "práctica", otra "interpretativa o hermenéutica". Habermas enfoca este tema diferenciando intereses de conocimiento. Existen, para este autor, lógicas distintas, según se busque por medio del conocimiento:

manejar y manipular el mundo, poder entenderse en la comunicación, poder criticar todo lo que traba la igualdad, la libertad, la fraternidad. Hay un interés “técnico”, uno “práctico” y uno “emancipatorio”.

Las bibliotecas deben poder recoger estas diversidades que, a los efectos prácticos, significará poder concebir que algunas ideas como “relevancia”, “pertinencia”, pero también “jerarquía” tienen implícita una categorización cultural. Y hay muchos factores que influyen en el proceso de categorización: las experiencias y creencias del usuario, el nivel cognoscitivo.

Budd, en su artículo “La complejidad de la recuperación de la información”, concluye: *“El sistema de recuperación de la información debe incorporar aspectos del uso de la información, y tiene esto que ver con la relevancia. La relevancia esta basada en la cognición; por lo tanto, tiene un elemento inherente de interpretación. Más aun, debe ser analizada desde lo fenomenológico; por lo tanto, tiene que ver con la intencionalidad”* (p. 115).

Finalmente, nos interesan los conceptos de Foucault acerca de las manifestaciones del discurso. Es decir, el discurrir que se manifiesta con palabras no es algo natural ni espontáneo; acontece en un marco que lo hace posible, sigue tácitos acuerdos que tienen que ver con el medio en que se habla, con el tema que se trata, con el emisor y los receptores. De este modo, la palabra no surge azarosamente, sino que se perfila en un juego contrastador de permisiones y restricciones.

De esta manera aquí entra en juego el concepto de verdad. Como ya habíamos señalado en el trabajo anterior, Foucault entiende que la verdad es una producción social. Por ello, cuestiona el concepto de ciencia: *“¿no sería preciso preguntarse sobre la ambición de poder que conlleva la pretensión de ser ciencia? ¿No sería la pregunta: ¿qué tipos de saberes queréis descalificar en el momento en que decís: esto es ciencia? ¿Qué sujetos hablantes, charlantes, qué sujetos de experiencia y de saber queréis “minorizar” cuando decís: “Hago este discurso, hago un discurso científico?” ¿Qué vanguardia teórico-política queréis entronizar para demarcarla de las formas circundantes y discontinuas del saber?”* (p. 131).

Por ello, Foucault propondrá una especie de tentativa para liberar los saberes históricamente sometidos, hacerlos capaces de lucha contra la coacción de un discurso teórico, unitario, formal y científico. Dice: *“La reactivación de los saberes locales –menores diría Deleuze– contra la jerarquización científica del conocimiento y sus efectos intrínsecos de poder: éste es el proyecto de esta genealogía en desorden, fragmentaria”* (p. 131).

En este sentido, nos preguntamos ¿y los niños?, ¿han sido elaborados en algún momento histórico catálogos, clasificaciones o alguna otra forma de acceso documental para ellos?

Y junto con los niños ¿qué otros discursos, usuarios habrán sido, son marginados en las bibliotecas?

Bibliografía

- BUDD, J. M. *The complexity of information retrieval: a hypothetical example.* En The Journal of Academic Librarianship, Vol. 22, No. 2 (mar. 1996) p. 111-117.
- CULLEN, Carlos A. *Crítica de las razones de educar. Temas de filosofía de la educación.* 1^a. Ed. Buenos Aires. Paidós, 1997, 260 p.
- DARNTON, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa.* 1ra. ed. México. Fondo de Cultura Económica, 1987, 269 p.
- DÍAZ, Esther. Michel Foucault. *Los modos de subjetivación.* Buenos Aires. Almagesto, 1993 impresión, 86 p.
- FOUCAULT, Michel. *Microfísica del poder.* 2^a. Ed. Madrid: Las ediciones de La piqueta, © 1979, 189 p.
- LAFUENTE LÓPEZ, Ramiro. *Los sistemas bibliotecológicos de clasificación.* México.UNAM, 1993, p. 3-62.
- TÁLAMO, M.F.G.M.; LARA, M.L.G.; KOBASHI, N.Y. *Contribuição da terminología para a elaboração de tesauros.* En: Ciencia da Informação, Vol. 21, No. 3, (Set./Dez 1992), p. 197-200.